

OBERTURA

Hace muchos años que vivo en la que en otro tiempo fuera habitación de Schlaggenberg.

Es una buhardilla; sin embargo, no cabe imaginársela como un cuartucho miserable. Los últimos años que pasó en Viena y en la ciudad jardín de su extrarradio, tenía la extraña costumbre de alojarse siempre en *ateliers* de pintores y demostraba una gran habilidad para encontrar sugestivos apartamentos de este tipo—la primera vez fue justo antes de que su maestro Kyrill Scolander regresara del sur de Francia, al tener que buscar una habitación apropiada para él: fruto de ello fue el primero y tal vez el más hermoso de los «*ateliers* de Schlaggenberg» (como los llamamos más tarde)—, unos apartamentos que, por lo demás, representaban su único vínculo con la pintura, pues, a mi parecer, o nunca había entendido demasiado este arte en concreto, o le había preocupado tan poco como el teatro, por poner un ejemplo. Durante un tiempo, con Scolander, al que entonces le habían ofrecido un puesto de profesor en Viena, aquel espacio cobró importancia al convertirse en el local donde éste desarrollaba su actividad artística, aunque también es cierto que, a partir de entonces, el Estado tuvo que poner a su disposición un taller propio. En cualquier caso, si uno leyera la biografía de Schlaggenberg sobre su maestro, que ya había aparecido publicada con anterioridad, se llevaría la falsa impresión de que aquél no pintaba más que de forma ocasional, por así decirlo, pues comparadas con los escritos de Scolander, que allí se consideran poco menos que al detalle, sus obras pictóricas aparecen tratadas casi con desidia.

Es, por tanto, el último de los «*ateliers* de Schlaggenberg», el último que él habitó, con lo que en cierta medida

me convierto en su heredero; es un espacio de dimensiones más reducidas que el que Scolander ocupó en su día; no obstante, a mí me parece que el lugar, siendo más pequeño, resulta más cómodo.

Por las ventanas inclinadas se ve a lo lejos. El tragaluz con doble acristalamiento permite que una catarata de claridad se derrame en el interior. Uno se sienta en lo alto como en el puesto de combate de un artillero que estuviera de centinela o en la torre de un faro. Se encuentra por encima de la ciudad y tiene justo enfrente el paisaje de montañas que trazan la línea del horizonte con sus ondulaciones. Bajando hacia la derecha todo es indefinido; detrás de los bloques de viviendas que van encadenándose, realzados muchas veces por la luz del sol que destaca uno u otro, se abre una depresión colorida y vaporosa: la llanura que huye hacia Hungría. A mano izquierda se termina la montaña, acaba abruptamente, lanza desde la altura una mirada que penetra ya en otra región.

A mis pies se extiende la ciudad jardín del extrarradio con tejados planos o puntiagudos, que revolotean dispersos en el verde de por aquí o se reagrupan más allá en torno a la maciza figura de una iglesia románica que, con sus dos amplias torres, planta dos pilares a la entrada del vasto cielo henchido de nubes.

Pues bien, fue en este lugar, en estas callejuelas nuevas que se abren ante mí junto a otras centenarias, donde aconteció una parte esencial de aquellos sucesos de los que en tantas ocasiones fui testigo y en cuyo cronista me convertí, muchas veces casi a la par que se producían, pues muy pronto tomé la decisión de redactar con la mayor exactitud apuntes de cada episodio y elaborar mis notas. En este punto me encontraba ya en la primavera del año 1927 (como no me gusta que las cosas y las personas que aparecen en un informe queden en el aire, si se puede hablar así, fijaré la fecha desde ahora mismo).

Por otro lado, no mucho tiempo después tuve un peculiar encuentro en el centro de la ciudad, al que me referiré enseguida: estos dos hitos—el comienzo de mi trabajo aquí y el encuentro con el consejero de la Cámara Levielle en el Graben—se hallan tan próximos entre sí que, al volver la vista atrás y recordar uno, el otro me viene a la mente de inmediato.

Como he dicho, comencé a tomar apuntes con gran empeño. No andaba escaso de tiempo. En el susodicho año no hacía mucho que había decidido retirarme de la Administración del Estado, donde servía como jefe de sección. Como obviamente se preguntarán por qué dejé la carrera siendo todavía tan joven conformándome con un rango relativamente modesto dentro del escalafón, cuando con toda probabilidad aún habría podido acceder a uno superior, voy a responder de forma directa a esta pregunta diciendo que en la República nacida después de la guerra me parecía que la vida y la labor de un funcionario estatal habían perdido buena parte de su razón de ser, mientras que en el antiguo Imperio, por lo menos en ciertos ámbitos, el funcionario de la Administración austríaca desarrollaba en muchos sentidos, llámese como se quiera, una auténtica misión. A ello se añadía el hecho de que durante el año 1926 mi situación económica había cambiado radicalmente. Este cambio se produjo a raíz de la restitución de los valores y depósitos bancarios que los ciudadanos austríacos tenían embargados o, como también se decía, «secuestrados» en Inglaterra. Yo contaba con acciones en las acerías de Pensilvania. En 1914, el secuestro las convirtió en empréstitos de guerra ingleses. Antes de aquello, esta parte de mi herencia paterna, momentáneamente perdida, no hubiera tenido verdadera relevancia dentro del conjunto. Ahora, sin embargo, una vez recuperada y puesta a mi disposición tras un lento y penoso proceso, con las grandes pérdidas de cotización que se producen en este tipo de operaciones bursátiles, esta fracción de mi antigua fortuna, la única que había conservado un valor seguro,

demonstró tener un peso muy importante, pues todo el resto se había desvanecido junto con la antigua moneda.

Así pues, no quise continuar en un puesto que, desconociendo el empleo y unas escasas posibilidades de actuación, me ofrecía poco más que el mero sustento que parecía obtener de una manera poco menos que deshonestamente a costa de mis conciudadanos que sí trabajaban. Las inestimables ventajas de las que había disfrutado esa clase de personas, que, percibiendo una «asignación» muchas veces pequeña, es cierto, pero fija y estable, sobrevivió a los peores años y a la miseria en mejores condiciones incluso que otros grupos más pudientes, esas ventajas eran en cierto modo las que yo quería disfrutar, pues la pensión que me quedaba al retirarme era modesta.

Por lo tanto, no era tiempo lo que me faltaba, y además estaba enteramente libre de eso que solemos llamar preocupaciones, a lo que hay que añadir que era soltero. A falta de preocupaciones, me busqué yo unas cuantas, exactamente igual que hace todo el mundo, sólo que éstas eran más livianas; en realidad podría hablarse casi de coqueteos, por lo menos al principio.

Así fue como empecé a llevar nada más y nada menos que un diario de todo un grupo de personas (son exactamente aquellas a las que en lo sucesivo llamaré de forma abreviada «los nuestros»). Sin embargo, no era sólo el diario de una comunidad—es decir, algo parecido a un cuaderno de bitácora o a las notas de una expedición entre pueblos salvajes—, sino que en cierta medida trataba de cada uno de sus individuos y los tenía presentes en todo momento. Y es que, en muchas ocasiones, mis informes surgieron al par de los acontecimientos. Ya entonces solía discutir sobre ello con Schlaggenberg, que, en cuanto descubrió mis frívolos escritos, siempre añadía el adjetivo «novelescos» al sustantivo «informes»: «sus novelescos informes, señor G-ff». No tardé mucho en ganármelo como co-

laborador. Exactamente igual que a René von Stangeler, al que llamábamos «el alférez» (durante la guerra había estado en el cuerpo de dragones). De hecho, los dos se pusieron a escribir desde entonces con todo empeño, profesionalmente. Yo les encargaba capítulos enteros y al principio incluso les pagaba por ello (más tarde Schlaggenberg lo hizo de balde, por amor al arte). Por si no fuera suficiente, probé a exponerle mis planes y mi trabajo a cierta señora, Selma Steuermann, a quien el asunto le hizo gracia y también contribuyó a partir de entonces relatándome con la mayor exactitud sucesos de los que yo jamás habría podido ser testigo y que, sin embargo, de este modo introduce en mis notas. La buena de Selma espío directamente para mí, en especial dentro de su propio círculo, en el que yo no contaba en absoluto con el acceso libre y privilegiado que ella tenía. También hubo algunos que colaboraron conmigo sin saberlo, en la medida en que fueron literalmente sondeados por mí; por ejemplo, la señorita Grete Siebenschein; pero, como es natural, este tipo de cosas casi se sobreentienden y es bien sabido que los escritores profesionales también actúan de esta forma.

Tuve además otros colaboradores—¡no se puede olvidar a la señora Friederike Ruthmayr y al señor Von Eulendorf!—, pero bastará con los ya mencionados. Incluso hubo una vez que Schlaggenberg tuvo la desvergüenza de preguntarme si no querría reclutar también al consejero de la Cámara Levielle. A pesar de haber hecho acopio de todos estos datos—Schlaggenberg los llamaría «chismes»—y de los dilatados dimes y diretes que pronto mantuvimos al hilo de mis actividades, permanecí, es natural, parcial o incluso totalmente ignorante en muchos aspectos del proceso, incluso en algunos decisivos, mientras éste seguía su curso, y ahora que desde aquí, en el «último *atelier*» de Schlaggenberg, me dispongo a emprender una recopilación y elaboración global de esos materiales, me produciría vértigo el querer evi-

tar—por lo menos en aquellos pasajes donde soy yo mismo como testigo ocular quien hace el relato y por ello también aparezco—, querer evitar, por ejemplo, el mostrarme en ellos menos estúpido e ignorante de lo que en verdad era y de lo que de hecho lo somos todos frente a la vida real que se desarrolla ante nosotros sin que seamos capaces de reconocer su proyección y sus líneas de fuga. Sin haberme visto involucrado personalmente en nada de ello (¡no me hubiera faltado más que eso!), lo cierto es que me encontré ante la necesidad de retratarme aquí o allá, en un rincón, como hicieron muchos de los viejos maestros de la pintura, pues igual que en sus cuadros, en este caso, el cronista también forma parte del conjunto: basta con no pintar su rostro con una expresión más inteligente de lo que realmente era en determinado momento.

¡Hoy, por supuesto, «conociéndolo todo», soy como uno de esos que hacen de profetas volviendo la vista atrás!

Y, sin embargo, es un hecho que no habría más que tirar de un hilo cualquiera del tejido de la vida para que éste la recorriera por completo y en su recorrido fuera abriéndola y dilatándola hasta que los demás también se hicieran visibles, desprendiéndose unos de otros; pues en un mínimo recorte de la historia de cualquier vida está contenido su conjunto, hasta se podría decir que está inserto en cada instante en particular, en la voluptuosidad, la desesperación, el aburrimiento o el triunfo que llenan igual que la pala de una excavadora el cubo de los segundos que se acercan corriendo con su tictac y luego se alejan fugitivos.

Algo así me ocurrió hace poco estando en el centro de la ciudad, después de haber dejado este cuarto amplio, tranquilo, no sin antes lanzar con franco asombro una mirada más a través de las ventanas inclinadas de mi buhardilla y contemplar el resplandor incandescente de la tarde que, como todos los días en que el tiempo está claro, se prende enfrente, en los miradores acristalados del hotel del Kahlen-

berg, y queda allí largo tiempo: parece como un incendio, especialmente más tarde, cuando ya ha adquirido un brillo rojizo. Tres cuartos de hora después iba yo por el animado Graben cuando, al doblar la conocida esquina que hay enfrente de lo que se llama «Stock im Eisen», la torre de la catedral de San Esteban salió a mi encuentro dando un paso de gigante y mi memoria dio un salto atrás de veintiocho años, justo hasta aquella época en la que había comenzado realmente mis anotaciones.

Justo en este lugar me había encontrado con el consejero de la Cámara Levielle a comienzos de la primavera de 1927.

Como si hubiera sido ayer: la tarde se reflejaba detrás de la torre con un brillo verdoso y en la pálida luz del día iban apareciendo los primeros globos de las farolas que flotaban sobre la calle iluminando las tiendas. Un sombrero con una cabeza cana debajo y un blanco cepillito por bigote se agitó larga y pausadamente. Me detuve no porque lo hubiera reconocido, sino porque su saludo me arrancó de mis pensamientos, y así perdimos ambos los bríos con los que, por lo general, solíamos pasar uno al lado del otro saludándonos cortésmente: en esta ocasión nos quedamos los dos parados. Me invadió una súbita alegría, ya que vi en ello una ocasión de distraerme e incluso volví por el Graben acompañando al anciano, pasando ante la hermosa «Columna de la peste» y continuando calle adelante.

—Todo el mundo sabe que quien está retirado disfruta mucho saliendo a dar largos paseos—dije después de habernos interesado el uno por el otro, preguntándonos amablemente cómo andábamos de salud.

Pero él ya estaba al corriente de que yo no seguía en mi puesto, y las formas que empleó entonces para pronunciarse sobre mi inesperada renuncia—introduciendo consideraciones desde dos puntos de vista completamente distintos, como se verá dentro de un momento—, estas formas me hicieron pensar que en realidad era imposible que el arte de la

discreción que en tantas ocasiones se le atribuía precisamente al señor Levielle fuera para tanto; o tal vez pensara que no valía la pena emplearlo conmigo.

—¡Pero, señor G-ff—dijo—, si ya no le quedaba tanto para llegar a consejero del ministerio!

El tono, sin embargo, no era de pesar ni por mí ni siquiera por mis intereses; me pareció más bien que Levielle estaba francamente molesto, como si al haberme desligado de la carrera funcional le causara una contrariedad o le privara de alguna posible ventaja.

—Hace poco que acudí a su ministerio para tratar de algunos temas profesionales, la concesión de un permiso de importación, y me encontré con sus superiores lamentándose vivamente por su marcha; no vacilaban en considerarlo uno de los funcionarios con más perspectivas de promoción en su categoría.

Sólo le habría faltado decir: «¡Estamos buenos! Vamos, que ¿dónde iríamos a parar si todos los conocidos que tenemos en el servicio del Estado decidieran retirarse? ¡Hasta consejero del ministerio habría podido llegar a ser, querido amigo!»». Hablaba diciendo en voz alta exactamente lo que estaba rumiando, sin preocuparse por la persona que tenía delante y lo escuchaba, era casi como un monólogo exasperante. Poco después se insinuó otro tono que apuntaba un ligero desprecio, aunque no duró mucho, pues entonces le llegó el turno a su segunda consideración.

—*Du reste... c'est étonnant*—dijo Levielle (¡pues de hecho era parisino, por lo menos a medias!)—, *mais passons*. El capital que logró recuperar hará cosa de un año es, a pesar de todo, una suma muy importante en las actuales circunstancias—dijo la cifra exacta—, y podría haber sido algo más si contamos aquella cantidad que perdió como resultado de la forma en que lleva estos casos la Cámara de Comercio austríaca, o dicho de otro modo, a consecuencia de las penalizaciones en el cambio, que fueron extraordinaria-

mente altas. En total perdió por cada libra... Lo que hace un total de... —También aquí citó la cifra exacta.

—Está usted asombrosamente bien informado, señor consejero de la Cámara—dije sin ningún tipo de irritación a pesar de todo.

—Como desempeño un cargo honorífico dentro de la Cámara de Comercio, a propósito, no me gustaría dejar de decir que el título general que ostento no procede en modo alguno de esta modesta distinción, sino que proviene de París, donde ocupaba un puesto de mayor importancia en la Cámara de Finanzas; pues bien, como yo en las cámaras estoy como en casa, por así decirlo, tanto en la de aquí como en la de allí, donde a uno lo llamen o lo elijan, el conocimiento que tengo de su caso no ha de causarle asombro. Lo que sí resulta asombroso, si me permite decirlo, es cómo puede haber consentido usted semejantes pérdidas sin hacer ningún intento de resistirse cuando estaba a tiempo.

—No sabía que ofrecer resistencia entrara en el terreno de lo posible—dije.

—En casos como éste, casi siempre.

—¿Y qué habría debido hacer?

—Tendría que haberse dirigido a mí—dijo—, cuando todavía había tiempo. Yo mismo tuve que resolver un asunto muy semejante, sólo que se trataba de sumas incomparablemente superiores. Sin embargo, las pérdidas que, como es natural, también yo sufrí no tienen nada que ver con aquellas a las que usted ha hecho frente. Bueno, a pesar de todo, ahora tiene en sus manos un capital considerable y está en usted el hacer algo con él y mucho más ahora que se ha librado de la infructuosa pérdida de tiempo que comportaba su puesto. ¿Ya ha hecho usted planes?

La situación empezaba a volverse desagradable, pero conseguí arrancar algunas palabras con cierto esfuerzo:

—Siento mucho no haber solicitado su ayuda a tiempo, señor consejero de la Cámara.

No respondí a su última pregunta. Además sabía exactamente cuáles eran las «sumas incomparablemente superiores» de las que había hablado antes.

En ese momento volví de repente la cabeza con gesto desencajado, casi con un escalofrío, para mirar a una joven que acababa de pasar junto a nosotros.

—¿Qué ocurre? ¿Es una conocida suya?—preguntó Levielle.

—No—dije—. Pero por un momento me pareció que... No deja de ser curioso.

—¿Qué resulta tan curioso, señor jefe de sección?

—Discúlpeme—dije (despreocupado, tal como era todavía en aquella época)—. Hace sólo unos instantes hablaba usted de un enorme capital que en su día fue confiscado en Inglaterra y que ya hace mucho que ha sido liberado, porque llegado el momento logró que todo aquel asunto se resolviera de manera favorable...

—Sí, ¿y bien?

—Bueno, es bien fácil adivinar de qué capital se trataba, ya que en 1914 se convirtió usted en albacea del maestre de caballería Ruthmayr, caído en la guerra, que poseía una tremenda cartera de valores en el extranjero. Hasta él mismo me lo dijo una vez poco antes de que estallase la contienda. Así que hablábamos indirectamente de Ruthmayr.

—Bueno, sí, hablábamos indirectamente de Ruthmayr..., aunque también llevaba y todavía llevo otros asuntos de esa índole. Pero ¿qué tiene esto que ver con aquella dama que acaba de pasar a nuestro lado y en la que creyó ver a una conocida?

—En realidad creí que era... Charlotte von Schlaggenberg, la hermana de mi viejo amigo Kajetan von Schlaggenberg...

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué?!—dijo gritándome de repente.

Por un instante acercó su rostro a mí, estaba rojo, y desde ese momento supe que Levielle debía de haber sido de

origen humilde; en realidad tenía un aspecto muy vulgar en cuanto a los rasgos de su cara; cuidadosamente acomodados «à la lord inglés», caían descompuestos por encima del blanco cepillito de su bigote.

—Vale, ¿y qué tiene que ver la pequeña Schlaggenberg, ese «Renacuajo» o «Renacuaja», o como se llame, con ello? —añadió casi con aspereza.

—Mire usted, señor consejero de la Cámara—dije—, es sabido que existen extrañas similitudes entre personas muy alejadas entre sí en la vida, más aún, ni siquiera es preciso que estas personas vivan a la vez... y, sin embargo, uno tiene la impresión de que sus rostros, ¿cómo lo diría?, se han formado según el mismo modelo o que el Creador los ha sacado de la misma caja, si se me permite la imagen; es como si en sus caras se hubiera plasmado exactamente la misma idea básica, una idea básica expresada en su fisonomía, por así decirlo. Para mí, el maestro de caballería Ruthmayr, que en gloria esté, y la señorita Von Schlaggenberg, a pesar de que no llegaran a conocerse jamás, comparten, junto con otros, una misma naturaleza formal. Hace sólo unas pocas semanas que me di cuenta de esta circunstancia; fue por casualidad, un domingo por la mañana, cuando aún estaba medio dormido. Entre el sueño y la vigilia al ser humano se le suelen ocurrir muchas veces las cosas más curiosas y seguramente algunas de ellas sean incluso verdades esenciales. Desde entonces veo clara esta extraña semejanza. Por lo demás, la señorita Von Schlaggenberg no siempre tiene este aspecto, unas veces más, otras veces menos y algunas incluso otro completamente distinto.

—A decir verdad jamás había observado esta semejanza en modo alguno—dijo, mientras caminaba a mi lado inflado como un pavo furioso.

Era evidente que debía de haberlo irritado, y bastante ciertamente, pero no alcanzaba a comprender el porqué.

—Por otra parte, no tardaremos en volver a encontrar-

nos con la buena de Renacuajo—dije—, pues vengo observando que, a menudo, cuando uno ve por la calle a una persona que se parece a un conocido, al cabo de un rato llega alguien que, por lo menos a unos pasos de distancia, podría pasar perfectamente por la persona en cuestión... y, en efecto, dos calles más allá, sale a nuestro encuentro orgullosa y exultante esa persona, de modo que uno estaría por decir: «¡Pero, bueno! Aquí está por fin; después de todo el tiempo que llevo esperando...». ¡Ahí la tiene!

Levielle se asustó, lo advertí claramente.

—No, no es ella—dije.

Él estaba visiblemente nervioso y enojado, pero dijo riéndose:

—Vaya... ¡Qué ideas tan extrañas y extravagantes tiene usted ahora que está «jubilado»! A propósito, ¿cuánto hace que ha vuelto a Viena esta muchachita?

—Llegó poco después de Año Nuevo.

—¿Y sigue alojándose con su hermano? ¿Han vuelto a compartir habitación?

—No—dije algo extrañado.

—Bueno, es que antes era así, como se lo cuento. *Mais laissons cela.*

Entretanto, sin dejar de andar, habíamos llegado hasta el barrio donde se encuentran los palacios de los bancos. Lo había acompañado un buen trecho del camino. La oscuridad ya había caído y las calles brillaban entonces con sus luces chillonas. El asfalto resplandecía húmedo. Levielle se detuvo ante la entrada lateral de un gran edificio.

—¿Tan tarde y todavía haciendo negocios?—dije.

Un sombrero con una cabeza cana debajo y un blanco cepillito por bigote se agitó larga y pausadamente... Todavía acerté a ver a través de los cristales cómo un portero con galones salía de su conserjería tenuemente iluminada y abría las hojas de otra puerta de cristal que daba a una escalera con grandes lámparas, todas ellas ya apagadas, pues la jor-